



JODI ELLEN  
MALPAS

# ATRACCIÓN SIN REGLAS

— EL BRITÁNICO —



Volumen 1

booket

**Jodi Ellen Malpas**

El Británico

*Atracción sin reglas, 1*

Traducción de Milo J. Krmpotić



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jodi Ellen Malpas, 2021

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2024

Depósito legal: B. 11.535-2024

ISBN: 978-84-08-29001-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Capítulo 1

DANNY

*Miami, en la actualidad*

Tengo la sensación de que el trayecto por el pasillo hasta la suite es kilométrico. El ruido que producen mis zapatos al golpear el mármol macizo resuena a mi alrededor. Nuestra mansión huele a muerte. Es un olor que he aprendido a reconocer, pero en este momento no es bienvenido. Me siento como si estuviera avanzando por la milla verde, pero no soy yo el que estará a dos metros bajo tierra cuando llegue al final.

Los dos matones que flanquean la sólida puerta doble de madera de la habitación lucen una expresión grave en sus rostros. Se respira aflicción.

Me saludan con sendos movimientos de cabeza cuando me detengo frente a la puerta. Son movimientos solemnes. No abren la puerta, saben que no deben hacerlo hasta que no les dé el visto bueno. Hasta que esté listo. ¿Lo estoy?

—¿Esther está con él? —pregunto, y recibo un asentimiento como respuesta. Trago saliva y asiento yo también, y respiro hondo mientras me abren la puerta.

Entro, arreglándome la americana, buscando con la mirada alguna pelusa. Es una decisión consciente, para distraerme, para retrasar el momento en que levante la vista hacia la cama con baldaquín y tenga que enfrentarme a aquello que temo. La pena me bloquea la garganta, pero no puedo demostrarlo. Él se cabreará si lo hago.

Los ruidos que hace Esther al desplazarse por la habitación hacen que me fije en ella, y veo que está vaciándole la bolsa del catéter. Solo eso basta para que se me encoja el corazón. Es un hombre orgulloso. Infame. Una puta leyenda, temido por todos los miembros de nuestro mundillo. Solo oír su nombre hace que la gente se estremezca. No hay una presencia que provoque tanto miedo como la suya. Siempre pensé que era invencible. Esquivó docenas de intentos de acabar con su vida, se rio a la cara de numerosos esfuerzos por asesinarle. Y ahí está, esperando la muerte a manos de un maldito cáncer, incapaz ya de cuidar de sí mismo. Ni siquiera en las cosas más sencillas.

Acabo por dirigir la mirada hacia la cama. Mi héroe, mi padre, el legendario Carlo Black es la mitad del hombre que fue. La enfermedad lo está devorando, literalmente. Su respiración es ruidosa. El estertor de la muerte. No tardará mucho.

Rodeo la cama, me siento en la silla y le cojo la mano esquelética.

—Llama al cura —le digo a Esther, que está doblando el edredón con pulcritud sobre su cintura.

—Sí, señor Black. —Me mira, me dirige una sonrisa empática y yo aparto la vista, incapaz de recibir su ofrecimiento silencioso de compasión.

—Ya —añado con brevedad.

Ella sale de la habitación y, con cada segundo de su ausencia, la respiración procedente de la cama parece volverse más ruidosa.

—Ha llegado la hora, papá —le digo en voz baja. Me acerco

a él y apoyo los codos sobre el colchón mientras le cojo la mano entre las mías.

Lleva dos días sin abrir los ojos, pero, en este momento, como si supiera que estoy aquí y que ha llegado la hora de despedirse, sus párpados se contraen. Intenta verme. Sabe que estoy aquí. Pongo los labios sobre nuestras manos entrelazadas y le doy fuerza en silencio para que me vea por última vez. No soy consciente de estar conteniendo el aliento hasta que veo aparecer sus ojos azules y vidriosos, que perdieron el brillo hace mucho tiempo, con el blanco de la esclerótica ahora amarillento.

Me dirige una mirada vacía.

—Eh —dice con voz ronca, y le sigue una tos superficial que sacude un poco su cuerpo escuálido.

—No hables —le digo, desgarrado al verle tan débil.

—¿Desde cuándo me dices lo que tengo que hacer?

—Desde que no puedes pegarme un tiro —contesto y él suelta una risita, un sonido muy agradable hasta que se convierte en otro ataque de tos y en una lucha por conseguir aire—. No te muevas.

—Que te den. —Me aprieta la mano con poca fuerza—. ¿Has venido a despedirte?

Trago saliva de nuevo, obligándome a mantener la fachada que se espera de mí.

—Sí, y te he encargado un regalo de despedida.

—¿Cuál?

—Una chica con un trasero tremendo para que te cabalgue la polla camino del cielo.

—No se dice trasero sino culo, inglés de mierda. Tantos años... conmigo. Y sigues hablando... como si hubieras salido de Buck... ing... ham Palace.

—Gilipollas —murmuro con un espantoso acento americano.

Otra risita, esta vez más fuerte, con lo que la tos se vuelve más cargada. No debería hacerle reír. Pero así somos. Siempre lo he-

mos sido. Él, con su amor de mano dura, y yo, aceptándolo. Todo lo que este hombre ha hecho por mí se debe a que me quería. Es la única persona en este jodido mundo que lo ha hecho.

Levanta la mirada hacia mí y me dedica esa sonrisa amplia que solo le he visto utilizar conmigo.

—No confíes nunca en nadie —me advierte, como si fuera necesario. Es una de las dos únicas personas en las que he confiado y aquí le tengo, muriéndose, dejándome solo con Brad. Pero Brad no me quiere tanto como papá—. No dudes en matar —susurra.

—Nunca lo he hecho. —Y lo sabe. Al fin y al cabo, lo aprendí de él.

Se toma un momento, intenta llenar los pulmones.

—Nada de segundas oportunidades, ¿recuerdas?

—Por supuesto.

—Y p-por el amor de Dios, aprende a... jugar al póquer.

Me río de pura dicha, pese a que se me llenen los ojos de lágrimas. Es una sensación extraña. No he llorado desde que tenía ocho años. Mi nefasta habilidad para jugar al póquer ha sido un motivo de discordia con mi padre a lo largo de toda mi vida. Él es un fuera de serie. Gana todas las partidas. Nadie quiere retarle, pero nadie se ha negado nunca a jugar con él. No a menos que quisiera recibir una bala en el cráneo.

—Si tú no puedes seguir enseñándome, creo que soy un caso perdido.

La verdad es que lo soy. El único motivo por el que gano es porque los pobres diablos que juegan conmigo tienen una pistola invisible apuntando contra sus cabezas. A lo largo de los años, la reputación de mi padre me ha precedido.

—Es cierto —dice él con voz ronca y una sonrisa débil pero malvada—. Ahora, mi mundo es tuyo, muchacho. Tú eres el rey. —Se lleva mis manos a la boca y me besa los nudillos; acto seguido, se quita el anillo de la serpiente del meñique. Incluso los ojos de color esmeralda del reptil se ven apagados. Sin vida.

—Espera —le digo, y me inclino para ayudarle. El anillo de oro y esmeraldas está suelto, sale con facilidad. Me lo pongo en el meñique, pero no lo miro. No quiero verlo en mi mano. Nunca he querido. Porque, si lo veo, todo esto será demasiado real, joder.

—Haz que me sienta orgulloso. —Se le cierran los ojos, inspira como si estuviera tomando el último aliento.

—Lo haré —le prometo, dejando que mi frente caiga sobre la almohada—. Descanse en paz, señor.

Al cerrar la puerta tras de mí me encuentro con el tío Ernie, el primo de mi padre. No tengo ni puta idea de por qué le llamo «tío», pero papá insistió en ello y yo siempre le he hecho caso. Ernie es el polo opuesto de mi padre, y con ello quiero decir que es respetuoso con la ley. Ha ganado millones de manera legítima en el mercado de valores y es un ciudadano honorable y respetado. Siempre me he preguntado cómo era posible que papá y él congeniaran tanto, dado el contraste ético y moral entre ambos. Quizás se debía a que Ernie era su único pariente vivo. Su relación fue siempre sencilla, pero solo porque habían llegado a un entendimiento: nunca hablaban de negocios. Es probable que el respeto y el amor que Ernie sentía por mi padre fuera poco apropiado, dados los negocios de papá, pero guardo con cariño muchos recuerdos de los dos riéndose en el porche mientras disfrutaban de un coñac y un habano.

—Llegas tarde.

Hunde los hombros, lo mismo sucede con sus mejillas atravesadas por las arrugas. Lleva la muerte grabada en cada hendidura de su rostro.

—Lo siento, hijo. Sé lo mucho que adorabas a ese cabronazo salvaje.

Le dirijo una sonrisa tímida y él me pasa el brazo sobre los hombros para estrecharme de lado.

—¿Sabes lo que me decía siempre tu viejo? —me pregunta.

—¿Que te has echado a perder siendo un santo?

El tío Ernie se ríe y me suelta. Se saca un sobre del bolsillo interior.

—¿Echarme a perder? Este santo le salvó el pellejo a tu padre en más de una ocasión.

Sonríó al recordar un par de aquellos episodios. Una vez, en Nueva York, cuando un gánster de medio pelo pensó que podría ascender de golpe en el escalafón del poder si se quitaba de en medio a mi padre. Ernie le vio sacar la pistola y alertó a papá, que se agachó justo a tiempo. El culpable fue torturado poco a poco por sus hombres. Yo tenía doce años. Lo vi todo, cada uña que le arrancaron con pinzas como si le estuvieran depilando el vello rebelde del entrecejo. Luego los vi grabar el emblema de mi familia en su pecho y echar ácido en la herida. No dejé de sonreír. Aquel capullo había intentado asesinar al único ser humano que había cuidado de mí. Así que sí, se merecía pasar cada segundo del tiempo que le quedara encadenado a esa silla de metal antes de que lo electrocutaran. Fui yo quien conectó la corriente.

Luego hubo aquella vez en Costa Rica... Yo tenía quince años. Una prostituta con la que mi padre se estaba acostando intentó clavarle un cuchillo en el pecho mientras dormía. Ernie se lo impidió. Resultó que la KGB la había enviado allí. Nunca pregunté qué fue de ella.

No era asunto mío.

—Ten. —Ernie me da el sobre—. Tu padre quería que te diera esto.

Lo acepto reticente, como si su interior pudiera esconder una bomba.

—¿Qué es?

—Su testamento y últimas voluntades. —Ernie sonríe con suficiencia—. La verdad es que estaba enfermo de la cabeza. —Me guiña un ojo y pasa a mi lado, en dirección al dormitorio

de mi padre—. También detalla sus deseos para el funeral. Aunque quizás haya un problema.

Levanto la vista del sobre para mirar a Ernie.

—¿Cuál?

—Bueno, insistió en que se le despidiera en la catedral, así que es posible que no puedas asistir. No es de buen gusto cargarse a un enemigo mientras dice sus votos, Danny.

Me río por lo bajo al recordar el baño de sangre ante el altar de unos meses atrás. No, no es de buen gusto, pero tampoco lo es seducir a niñas pequeñas y aquel cabrón irlandés que decía sus votos en la casa de Dios tenía cierta afición por las crías. Puto animal.

Ernie desaparece en el interior de la suite de mi padre y yo me dirijo hacia el despacho. Abro el sobre de camino y lo leo por encima, saltándome las partes que podrían hacer mella en mis emociones, y constato que mi padre quiere un funeral por todo lo alto. Incluso detalla los himnos que quiere que se canten. Sacudo la cabeza al leer la lista. El primero es *I Watch the Sunrise*. Es para mí: «*For you are always with me, following my ways*».

—Lo haré, papá —digo mientras abro la puerta de su despacho y echo un vistazo a ese espacio desmesurado. Llevo seis meses dirigiendo el cotarro, pero aún no he sido capaz de sentarme a su escritorio. Me parecía algo demasiado definitivo. Ahora él ya no está. Me miro el meñique, veo que los ojos de la serpiente vuelven a brillar. Está viva. Como si él pudiera observarme. Controlarme. Asegurándose de que le hago justicia. De que sigo su camino.

No tiene por qué preocuparse. Tengo el instinto necesario, y él mismo lo vio desde el primer día.

—¿Danny?

Me vuelvo y me encuentro a Brad en la puerta. Él tuerce el gesto al ver mi expresión.

—Hace cinco minutos —le confirmo mientras su mirada

recae en el anillo de mi meñique. Lo hago girar, encuentro cierto alivio en ese movimiento, en la sensación de calor que la fricción genera sobre la piel.

—Lo siento mucho, Danny.

Asiento con la cabeza y me obligo a rodear el escritorio de mi padre, a sacar su silla. Su trono. En el momento en que mi trasero toca el cuero mullido, me siento a gusto. Como si le tuviera a mi alrededor, abrazándome.

—Haz que entren —ordeno, y Brad asiente con la cabeza y va en busca de los hombres. Ya habrá tiempo de guardar luto. En el momento en que se corrió la voz de que mi padre tenía que guardar cama, hace seis meses, comenzó a llover mierda; los cabrones pensaron, equivocadamente, que conmigo al frente de la organización, y distraído quizás por mi padre moribundo, se abrirían agujeros en nuestra armadura. Fue un error. He matado a más gente con mis propias manos durante los últimos seis meses que en los seis años anteriores. Yo no me ando con miramientos.

Brad sale del despacho y abro el cajón superior del escritorio: sonrío al ver el abrecartas de oro macizo que descansa torcido sobre las hojas impresas con el nombre de mi padre. Es algo que no deja de alucinarme. El hombre más temido de los bajos fondos tiene una bonita papelería impresa en letras doradas con la que envía sus amenazas de muerte. Meto el sobre que contiene su testamento en el cajón, me quito el anillo y lo dejo encima del sobre. Acto seguido cojo el abrecartas, paso la yema del índice a lo largo de su hoja hasta que llega a la punta. Lo hago girar, la presión perfora la almohadilla del dedo y hace que aparezca una gota de sangre. Inclino la cabeza, examino la gota mientras se va hinchando.

Oigo que llaman a la puerta y levanto la vista mientras me chupo la sangre del dedo. Brad hace entrar a diez de los hombres de mi padre.

No. Míos, mis hombres.

Al verme sentado al escritorio de mi padre, cada uno de ellos inclina la cabeza en señal de respeto.

—Perry Adams —voy directo al grano—, ¿dónde coño está?

—Ringo ha salido hace una hora para despertarlo —contesta Brad—. Deberían llegar en cualquier momento.

De todos los hombres que podría haber enviado, Brad ha elegido a Ringo. Bien. No estoy para historias.

—Pensará que está teniendo una pesadilla cuando se despierte con el feo careto de Ringo a su lado, en la cama.

Ringo es uno de mis mejores hombres. También es el más feo. La piel picada, delgado, unos labios amenazadores que con toda seguridad no han sonreído nunca y una nariz casi tan grande como su cabeza calva. Podría hacer llorar a cualquiera y espero que Perry Adams lo esté haciendo a moco tendido ahora mismo. Con una pistola pegada a la sien.

—La pesadilla no hará más que empeorar si no se espabila —dice Brad mientras toma asiento; es el único hombre en el despacho de mi padre que lo hace, aparte de mí.

Me obligo a corregirme mentalmente. Ahora el despacho es mío.

—¿Cuándo tenemos que largarnos del astillero de Winstable? —pregunto.

—Empezarán a construir el mes que viene. La próxima remesa será la última antes de largarnos.

Me pongo a pensar. Se nos acaba el tiempo. Vamos a quedarnos sin Winstable y aún no he cerrado la compra del puerto deportivo de Byron's Reach. Tengo que hacerlo o eso entorpecerá seriamente las operaciones. Incluso podría detenerlas en seco. Y Perry Adams, el abogado del dueño del puerto de Byron's Reach, me lo puede conseguir. También está en la lucha por convertirse en el alcalde de Miami, y eso incluye unos beneficios de lo más atractivos para mí. Es el motivo por el que estoy contribuyendo a su campaña. La personalidad hace que uno llegue lejos en política, pero el dinero te lleva aún más lejos, y yo

tengo un montón de lo segundo. Si consigo el puerto deportivo, él consigue el puesto de alcalde. Es un trato muy sencillo. O eso piensa él. Cuando llegue al poder, será una marioneta y yo tiraré de sus hilos. Él será la cara visible, pero seré yo quien gobierne Miami.

De momento, lo único que tiene que hacer es asegurarse de que yo pueda comprar el puerto deportivo. No debería ser muy difícil, pero parece que está costando más de la cuenta.

—¿Por qué tarda tanto?

—Yo qué coño sé —dice Brad con un suspiro en el momento mismo en que se abre la puerta y el hombre atraviesa el umbral. En calzoncillos. Con la pistola aún pegada a la sien y el dedo de Ringo sobre el gatillo, preparado para recibir mis órdenes. Tiene la frente pringada de un sudor nervioso. Me hace gracia. Adams es famoso por su arrogancia, pero se trata de esa arrogancia aceptable que se les suele perdonar a los abogados. La imagen lo es todo para él, desde los trajes a medida hasta esa familia de aspecto perfecto. Y aquí está, en calzoncillos, con pinta de haberse cagado encima.

—Buenos días —digo con voz cantarina y me recuesto contra la silla mientras él tiembla ante mis ojos—. Tienes noticias para mí. —Lo afirmo, no es ninguna pregunta.

—Solo necesito unas semanas más. —Tartamudea, pasa el peso del cuerpo de un pie descalzo al otro—. Los Jepson, los dueños de Byron's Reach, están en Dubái por negocios. Un viaje de última hora, inesperado. No supe que se iban hasta que ya estaban fuera del país. Les he presentado su generosa oferta. Ya tengo la documentación preparada. Todo está listo. Solo necesito una firma.

—Te he dado cinco millones por ese puerto deportivo, y diez para tu campaña, Perry —le recuerdo—. Estás a nada de convertirte en el alcalde de Miami, pero yo, en cambio, aún no tengo mi puto puerto deportivo. Se suponía que esto tenía que estar cerrado hace quince días.

—Unas pocas semanas —murmura él, y mira de reojo a Ringo, que sigue apuntando la pistola contra su sien.

—Tienes una semana. —Hago un gesto desdeñoso con la mano—. Sacadle de aquí.

Ringo aparta la pistola de la sien de Adams y le da un buen porrazo en el pómulo con ella, lo que le hace caer de rodillas.

—Una semana —repito mientras le sacan a rastras de mi despacho. En cuanto se ha ido, me pongo en pie y me arreglo la americana—. Vigíladle —ordeno al pasar junto a mis hombres, camino de la puerta. No me fío de Adams, nunca lo he hecho.

Mi mano se detiene sobre el picaporte al oír que uno de mis hombres dice algo entre dientes. No he entendido sus palabras, pero ese tipo de acciones son de lo más reveladoras. Me vuelvo poco a poco y mis ojos recaen en Pep. Nunca me ha gustado. Lleva décadas a las órdenes de mi padre y ha dejado claro que yo tampoco soy de su agrado, aunque nunca delante de papá.

Me mira a los ojos, desafiándome abiertamente. Cabrón estúpido.

—¿Perdón?

Pep endereza los hombros, una muestra de fuerza delante del resto de mis hombres.

—Que no acepto órdenes de bastardos.

Asiento con la cabeza, como si estuviera de acuerdo con él, y regreso con lentitud junto al escritorio. El despacho está en silencio. En tensión.

—¿No te caigo bien, Pep? —le digo, encarándole—. No pasa nada. El viejo ha muerto. Puedes decir lo que piensas de verdad acerca de su hijo bastardo.

Pep le echa un vistazo al abrecartas que tengo en la mano. No responde. Regreso sobre mis pasos en su dirección, con gesto despreocupado, haciendo golpear la hoja de oro macizo contra la palma de la mano. Veo que se echa hacia atrás.

—Danny, no pretendía...

«Nada de segundas oportunidades.» Le interrumpo a mitad

de su disculpa rajándole la garganta con la hoja. Parece que los ojos se le van a salir mientras se sujeta el cuello y la sangre brota entre sus dedos. Me sorprende que aguante tanto rato erguido. De hecho, me aburro de la hostia esperando a que se muera de una puta vez, así que le clavo el abrecartas en el corazón, lo hago girar y lo retuerzo antes de arrancarlo de su cuerpo. Él cae de rodillas, pega algunas sacudidas y se estrella de cara contra el suelo.

—Se ha cargado la puta alfombra —digo, molesto, antes de agacharme para limpiar la hoja con su americana—. ¿Alguien más quiere decir algo? —Levanto la mirada, concedo a cada uno de mis hombres un momento de atención. Silencio—. Eso pensaba. —Me yergo y, al pasar, le doy el abrecartas a Brad—. No perdáis de vista a Adams.

En el pasillo me cruzo con Esther y se me van los ojos hacia el fardo de toallas que lleva entre los brazos.

—Llama a Amber y que vaya a mi habitación —le ordeno mientras noto cómo ese estrés no deseado me baja a la polla. Solo hay una manera de aliviarlo. Matar a alguien no ha atemperado la furia candente que arde en mi interior. ¿Por qué ha tenido que morir? La única persona en este jodido mundo a la que le he importado una mierda.

Acelero el paso, doblo la esquina en dirección a mi suite, pero vacilo al ver que se abre la puerta de la habitación de mi padre. Aparece Shannon. La amante de mi padre tiene lágrimas en los ojos. No son de pena, sino de ansiedad. Ve que me acerco, pero no me detengo a saludarla.

—Danny... —me llama, y viene tras de mí. Sigo caminando, dejo que me persiga como el patético perrito faldero que es. Hizo que mi padre se distrajera del dolor en sus últimos meses. Solo sirvió para eso, y ese fue el único motivo por el que la mantuve aquí. Pero ahora él está muerto. Y sé lo que toca. La puta caza-fortunas no engaña a nadie.

Me pone una mano sobre la americana y tira de ella para detenerme. Bajo la vista para mirarla.

—¿Qué? —le pregunto con frialdad.

Ella sonrío con falsa modestia.

—Tienes que saber que el que me gustó siempre fuiste tú...

Sí. He visto cómo me miraba. Con lujuria. Con deseo. A papá tampoco le pasó desapercibido.

—Es una lástima que a mí tú nunca me gustaras —contesto, sin tapujos, y le sacudo la mano para que me suelte la manga—. Recoge tus cosas y vete.

—Carlo no habría querido eso —grita a mi espalda, aterrizada.

Me detengo de golpe, giro sobre mis talones, la cojo y la empujo contra la pared. De repente, la rabia inflama mis venas y las recorre con tal fuerza que creo que voy a desangrarme.

—No me digas lo que él habría querido, joder —digo entre dientes—. No finjas que le conocías, hostia. No fue así. Él te follaba, eso es todo. —La dura realidad hace que Shannon tuerza el gesto. Eso me encoleriza. ¿Qué esperaba conseguir aquí? ¿Protección para toda la vida? ¿Una casa en un barrio residencial como compensación por haber cabalgado sobre la polla de mi padre en su lecho de muerte? Mi padre era un hombre predecible. No quería a las mujeres. Sentía aprecio por ellas, pero nunca las quiso. Y me repitió mil veces que, cuando él no estuviera, Shannon debía largarse. Sabía tan bien como yo que ella solo se metía en su cama por oportunismo y protección—. Se te ha acabado el tiempo en el país de las maravillas, Shannon. Vete cagando leches. —Lauelto y el miedo hace que ahora sus ojos estén llorosos por varios motivos.

Llego a mi suite y me arranco la corbata mientras me dirijo al baño. Abro la ducha antes de desnudarme y dejo el traje hecho una pelota junto al lavabo, para que Esther lo recoja. El hombre que veo en el espejo tiene el mismo aspecto que siempre. Fresco. Cuidado. La única diferencia es la absoluta tristeza que se esconde hoy detrás de sus ojos azules. Una tristeza que solo yo puedo ver. Que no puedo mostrar ante nadie más. La

muerte de mi padre es una carga que debo ocultar. Podría ser una debilidad. Estoy solo en esto.

Pero todo irá bien. Voy a sobrevivir. Puedo sobrevivir a cualquier cosa. Mala hierba nunca muere.

Dedico un rato a flexionar los hombros, a hacer rotaciones de cuello, a intentar relajar la tensión de los músculos. Me friego la cara con las manos y suspiro. En ese momento oigo que se cierra la puerta de la habitación. Un instante después, Amber aparece en el umbral del baño. Se muerde el carmín del labio mientras observa mi cuerpo desnudo y le tiemblan las manos.

—Me has llamado —susurra, y se quita la horquilla del cabello para que sus rizos rubios le caigan sobre los hombros.

—Tienes que arreglarte las raíces —le digo, impávido, y me vuelvo hacia ella. No es rubia natural y hoy se nota. Eso también me encoleriza.

Ella vacila, pero solo por un instante.

—¿Dónde me quieres?

—En mi polla. —Me acerco airado a ella y le planto la mano en el pecho, la empujo en dirección a la cama—. ¿Es lo que deseas, Amber? —pregunto, porque necesito oír esa palabra.

—Sí. —Ella nunca titubea.

—Agáchate —le ordeno mientras le doy la vuelta y empujo su cara contra el colchón. Le levanto el vestido y aparto el tanga. No compruebo si está lista. Sé a ciencia cierta que, con solo ponerme la vista encima, las mujeres ya están listas. Cojo un condón de la cómoda y me lo pongo, y acto seguido le abro las nalgas.

—¿Sin preliminares? —pregunta ella con un resuello.

Me sitúo a su nivel y entro de golpe hasta el fondo, y ella chillaba ante esa invasión súbita y rígida de su coño fácil. Inspiro, adueñándome de sus caderas. No tengo ni la paciencia ni la fuerza para ponerme a punto. Necesito relajarme y, en mi mundo, esto —los coños a la carta— son la única manera de hacerlo. Empujo una y otra vez, con ferocidad, la cabeza hacia atrás, el cuerpo en busca de la liberación que tanto necesita.

—Danny —grita ella, y hace que apriete los dientes con fuerza.

—Cállate —gruño, y la obligo a volver la cara hacia las sábanas para ayudarla a aguantar mis movimientos endemoniados. La oleada de placer se inicia en mi cabeza y termina en los dedos de mis pies; me vibra la polla cuando el placer sale disparado. Gimo, hago rotar las caderas mientras brota sin fin—. Sí, joder. —Bajo la mirada hacia su trasero redondeado, le abro las nalgas para ver las arremetidas de mi polla con cada bombeo. El alivio es instantáneo, pero durará poco. Soy consciente de ello.

Cuando me vacío, me retiro de golpe y dejo que Amber caiga hacia delante. Ella se gira con rapidez, se prepara para hablar..., quizás para preguntarme por qué no me he preocupado por su placer. Mi expresión se lo dice todo.

—Vete —le exijo, y la dejo callada e incrédula sobre la cama para volver al baño.

Está completamente lleno de vapor, las nubes húmedas se pegan a mi piel, pero no logran calentarme.

—Lamento lo de tu padre —grita Amber.

No lo lamenta. Poca gente lo hará. Llevo seis meses sosteniendo el negocio y he oído los susurros de alivio al saber que Carlo Black estaba en las últimas.

Idiotas de mierda.

Quizás se hayan librado de mi padre, pero ahora tendrán que lidiar conmigo y con nadie más. No me gané el mote del «Asesino de la cara angelical» por dar buenos abrazos, joder. Y si no se han enterado aún, no tienen ni idea de lo que les espera.

Estoy junto a la orilla del astillero de Winstable, mirando el mar. Se lo alquilamos hace décadas a un buen hombre que nunca hizo preguntas ni se presentó aquí de manera inesperada. Se dedicó a recoger su fajo mensual de dinero y a ocuparse de sus

asuntos. Hasta que el pobre cabrón se murió y su hijo le vendió el astillero a una constructora en un trato que se cerró en cuestión de días. Sospecho que el acuerdo ya estaba encima de la mesa antes de que el anciano la espichara, y por eso no pude interceptarlo. Había planeado ofrecerle a la constructora el doble de lo que había pagado para poder seguir realizando mis operaciones aquí. También había planeado pegarle un tiro en la rodilla al hijo del anciano, por las molestias que nos había causado a mí y a mi negocio. Y entonces cambié de opinión. Resulta que van a construir un campus universitario dedicado a becas para jóvenes desfavorecidos. Llamadme sentimental, pero estoy completamente a favor de apoyar a los chicos necesitados. Además, me llamó la atención el puerto deportivo de Byron's Reach, que tiene el doble de tamaño y se encuentra en un lugar aún más remoto. Tendría que haber cerrado el trato en un santiamén. Puto Perry Adams. Dispongo de unas semanas aquí antes de que tenga que trasladar el negocio. Por su bien, espero que me consiga ese puerto deportivo.

El agua está calma, las olas golpean con suavidad la arena. Veo las burbujas que suben a la superficie, los anillos que se forman, crecen y desaparecen en las olas. Me encanta este lugar. Lo echaré de menos, pero sé mejor que nadie que no hay que encariñarse con las cosas.

A Brad le suena el móvil y yo le miro por encima del hombro.

—Volodya —me dice antes de contestar—. ¿Sí? —Brad me sigue mirando a los ojos, y entonces conecta el altavoz.

Oigo el inglés que chapurrea el hombre al frente de la mafia rusa.

—Tenemos que adelantar el intercambio y duplicar el encargo.

Niego con la cabeza y devuelvo la atención al agua. ¿Acaso cree que me puedo sacar esta mierda de las putas axilas como por arte de magia?

—No es posible —le dice Brad con claridad—. Lo hemos organizado para el día tres por una razón, Volodya. Si no se da entonces, me temo que no será posible.

—¿Dónde está el Británico? —pregunta él.

—Estoy aquí —le digo al agua—. ¿Qué problema hay?

—Los serbios —murmura Volodya con voz lenta y grave, como si estuviera masticando las palabras—. Un soplón me ha contado que están comprando todo Miami.

—Imposible. —Estoy a punto de reírme—. Soy el único distribuidor en mil kilómetros a la redonda. —Lo sé a ciencia cierta, ya que mi padre mató a todos los demás.

—No es imposible si es a ti a quien se lo están comprando.

—Yo no trato con los serbios —le recuerdo—. ¿Estás poniendo en duda mi integridad, Volodya? —Miro a Brad, cuyas cejas deben de estar tan enarcadas como las mías. Alguien está revolviendo mierda. Yo no tocaría a los serbios ni con un palo de tres metros de longitud. Elijo bien a la gente con la que hago negocios, y los violadores están en el último puesto de la lista—. Bien, el día tres, ¿sí o no?

—El día tres —confirma él—. Te transferiré el cincuenta por ciento. El resto te lo daré cuando mis hombres hayan comprobado la mercancía.

—Bien —contesto, sin sentirme para nada ofendido. Hemos hecho docenas de tratos con los rusos. Siempre hemos cumplido con nuestra parte. Pero, como me decía siempre mi padre, no hay que confiar nunca en nadie, y no hay que sorprenderse cuando alguien desconfíe de ti. Los rusos y los serbios son enemigos, llevan una década matándose los unos a los otros. Creo que ya ni siquiera saben por qué, y a mí no me importa una mierda. Pueden seguir matándose entre sí hasta que sus jodidos corazones queden felices y satisfechos. Eso mantiene el negocio en marcha. Sonrío, apoyándome sobre los talones y exhalando aire de mis pulmones.

—Los serbios están comprando —dice Brad a mi espalda—.

¿Crees que alguien se estará metiendo en nuestro territorio?  
—Parece más preocupado que yo.

—La única manera de meter mierda en Miami sin que nadie se entere es a través de este astillero o de Byron's Reach. Nosotros estamos aquí. Byron's Reach permanece vigilado a todas horas. En esta ciudad no entra nada sin que yo me entere.